

las piedras de construcción y de ornato, lo que el diamante á las de joyería. Concíbese, por otra parte, la belleza de esas columnas, revestidas de ese azul purísimo y transparente, acanaladas con incrustaciones de bronce dorado; siendo del mismo metal las bases y los capiteles. El frontón que descansa en las columnas está realzado con un magnífico relieve que representa á la Trinidad Augusta. En el centro del altar el cuadro de San Ignacio, obra del artista de la Compañía, el P. Pozzi. Delante, una estatua del santo, de plata pura, y debajo de la mesa del sacrificio, la elegantísima urna de bronce y piedras preciosas que encierra las sagradas reliquias del hombre extraordinario á quien tanto deben la Iglesia y la civilización. Como emblemas del doble ministerio ejercido por el fundador de la Compañía de Jesús en el mundo, á los lados del altar se destacan de las paredes dos grupos en mármol; uno representa á la Fe civilizando con la cruz á los salvajes y en el otro se ve á la Religión confundiendo á la herejía. El primero fué esculpido por Juan Teudon y el segundo por Le Gros. Dos magníficos candelabros de bronce de gran tamaño adornados con estatuas de ángeles de primorosa cinceladura se hallan colocados delante de los grupos, y un soberbio balaustrado del mismo metal cierra la entrada de la capilla.

Salgamos de ella, después de arrodillarnos delante del altar, elevando nuestras preces á la Trinidad Augusta por intercesión del santo que en su vida y después de ella ha procurado siempre la mayor gloria de Dios.

CAPÍTULO NOVENO.

El Monte Capitolino.—Primeras impresiones.—El antiguo Capitolio.—El Capitolio moderno.—La estatua de Marco Aurelio.—El Palacio Senatorial.—El de los Conservadores.—El Museo Capitolino.

PARTIENDO de la plaza del Jesús en dirección al Sudeste, se halla el visitante en la falda de la colina que se llamó el Monte Capitolino y á corta distancia del celebrado Capitolio.

Cuando se va subiendo á la colina por el camino que llevaban los triunfadores, cree uno encontrarse un espacio inmenso cubierto con monumentos de imponente aspecto, defendido por fortalezas y rodeado de precipicios, se siente uno como sobrecogido de asombro de lo que verá; y sin embargo, ese famoso monte, centro del imperio romano, ese monte que habitó Saturno el padre de los dioses y sobre el cual disparó sus rayos Júpiter, cuyo maravilloso templo estaba revestido de bronce dorado; esa montaña santa que prometía á Roma ser la capital del mundo, no es sino una pequeña colina elevada solamente cuarenta metros sobre el nivel del mar, que nunca se creará ser la misma que sirvió de inaccesible ciudadela á los señores del mundo.

El desencanto que produce la vista del Capitolio moderno, que los romanos de hoy llaman con el prosaico nombre de *Campidoglio*, (campo de aceite) hace detener al viajero al pie de la gran escalera construida por Paulo III, y le obliga á reconstruir en su imaginación ese formidable sitio, apartando la vista de lo que tiene delante para contemplar en los

recuerdos del pasado la grandeza de lo que allí existió, y extasiarse en esos recuerdos, dejando que la fábula y la historia le representen aquella maravilla que hicieran desaparecer los siglos.

Deténgase, pues, el lector con nosotros antes de subir la escalera, y remóntese con el pensamiento á más de veinte centurias atrás, para acompañarnos en esa visita muy más interesante que la que haremos en séguida á los modernos edificios.

El Monte Capitolino recibió este nombre en la época de Tarquino el viejo, porque al estar cavando los cimientos para erigir el templo de Júpiter, se encontró una cabeza humana recién cortada, en cuyo descubrimiento los augures vieron un presagio de que Roma sería la capital del mundo. Antes se había llamado *Saturnius*, por haberlo habitado Saturno, quien fundó allí una villa que llevaba su nombre. Su forma era aproximadamente elíptica, y se extendía de Este á Oeste. Las dos cimas que se elevaban en las extremidades, eran llamadas una *Capitólium*, por estar edificado el templo de Júpiter Capitolino, y la otra *Arx*, por la fortaleza ó ciudadela que allí fué edificada. Estos dos sitios estaban separados entre sí por un pequeño valle que se nombró *Intermóntium*, por estar comprendido entre las dos eminencias.

El Monte Capitolino estaba rodeado de murallas por todos lados y no era accesible sino por la parte oriental, en donde se hallaba situado el *Fórum*. La ciudadela ó *Arx*, había sido fortificada separadamente con espesos muros formados con grandes blocs cuadrangulares de piedra volcánica. Estas fortificaciones fueron hechas por Camilo después de la partida de los galos. En la parte septentrional del *Intermóntium* se construyó lo que se llamaba "El Asilo," fundado por Rómulo para aumentar la población de la ciudad. Delante del Asilo estaba el pequeño templo de Veïove. Había además pórticos entre los cuales se mencionan el de *Scipión Nasica* y el *Átrium públicum*. Por el lado meridional del *Intermóntium* estaba el *Tabulárium*, en donde se guardaban las tablas en bronce de los decretos del pueblo, los tratados y otros do-

cumentos públicos, y el *Athenæum*, escuela para las artes liberales y la biblioteca capitolina.

Sobre la cima en que hoy está la iglesia de Ara-Cœli, se cree que estuvo el magnífico templo que Tarquino el soberbio hizo erigir á Júpiter *Óptimo Máximo*. Los escritores alemanes afirman que se hallaba en el extremo opuesto en donde fué edificado el antiguo palacio Caffarelli, que hoy pertenece á la embajada de Alemania. Dionisio de Halicarnasio describe este magnífico templo tal como se hallaba reconstruido en su época, después de los tres incendios que sufrió bajo los reinados de Sylla, Vespasiano y Domiciano. La fachada, (la vimos en un antiguo grabado en Roma) veía al Sur y se componía de un soberbio pórtico griego coronado por un elegante frontón triangular que sostenían tres órdenes de esbeltas columnas de mármol: en el fondo se destacaba la estatua colosal de Júpiter, y á los lados del pórtico dos estatuas ecuestres que se supone serían de soberanos, á guisa de guardianes de la divinidad. El interior estaba dividido en tres naves, terminando las de los lados en dos capillas que se denominaban *édicules*. Las paredes estaban revestidas de bronce dorado. Circundaba el templo, delante de la fachada, un inmenso patio que se llamaba *Área capitolina*, rodeada de magníficos pórticos. En este templo se hacían los sacrificios cuando el héroe de alguna victoria regresaba á la patria. En los pórticos se daba el gran banquete triunfal, una vez terminado el acto religioso.

En tiempo del emperador Honorio, todavía se hallaba el templo en buen estado de conservación, cuando Stilicon principió á despojarlo de sus ricos ornamentos. Genserico, en 455, se llevó la mitad de las planchas de bronce que cubrían sus paredes. En el siglo octavo había convertido en ruinas, y en el undécimo no quedaba de él piedra sobre piedra.

De toda aquella magnificencia de construcciones y edificios que coronaban la soberbia montaña, no queda hoy sino los restos del *Tabulárium*, que no son visibles sino á la espalda del palacio, por el lado del *Fórum*, hacia el Oriente.

Ya visitaremos esas imponentes ruinas, cuando hayamos recorrido los edificios modernos que forman hoy la plaza del *Campidoglio*, á la cual ya es tiempo de que hagamos subir al lector.

Si bien la impresión que recibe el viajero al descubrir esta plaza, no es de asombro por la magnificencia de los edificios que la circundan; si es verdad que los recuerdos de la grandeza romana, que se ostentaba soberbia en las edificaciones que cubrían la montaña santa, no dejan de influir en el ánimo del viajero para apreciar al primer golpe de vista la grandiosidad y elegancia de las construcciones mandadas erigir por el gran Pontífice Paulo III, siempre llama la atención y sorprende el aspecto exterior del *Campidoglio*, cuando se descubre en su conjunto al llegar al sitio en que éste es visible al observador. Lamentable es que á su frente no haya un sitio en donde se vea en totalidad la plaza y los edificios que la cercan, y la magnífica estatua ecuestre que la adorna. La vista no puede abarcarlo todo, hasta que se ha subido la gigantesca escalinata.

Veamos primero lo que se manifiesta á la vista antes de subir. Lo que se ofrece inmediatamente á las miradas del visitante, es la gran rampa que va á desembocar al centro de la plaza. Obra de Miguel Angel esta escalera, es majestuosa y bien trazada; limítanla dos elegantísimas balaustradas cuyas extremidades inferiores rematan en dos artísticos pedestales sobre los que descansan dos bellos leones de granito negro de estilo egipcio. Del lado derecho se alza una rampa cercada de jardines, por donde pueden subir los carruajes; del lado izquierdo otra escalera de construcción sencilla, conduce á la iglesia de *Ara-celi*. En donde terminan los balaustrados de la escalera principal, se alzan dos grandes pedestales que reciben los magníficos grupos de Castor y Pólux en mármol pentélico, colocadas las estatuas cada una en actitud de sujetar un soberbio caballo. Descubiertos los grupos en el pontificado de Pío IV, fueron instalados en el sitio en que hoy se encuentran, por disposición de Gregorio XIII.

Unida á cada uno de los pedestales una balaustrada igual á las de la escalera, se extiende por ambos lados en sentido horizontal hasta los edificios laterales, sirviendo de límite á la plaza. Interrumpiendo la balaustrada en cada uno de sus tramos, se levantan cuatro pedestales de granito; los dos más grandes reciben los magníficos trofeos de mármol, llamados *de Mario*, que se hallaban en el Esquilino adornando la fuente conocida por del *Aqua Julia*. Se cree que se remontan á la época de Septimio Severo. Los otros dos pedestales sustentan las estatuas de Constantino Augusto y de Constantino César, que fueron encontradas en las termas de Constantino. Adornan también la balaustrada dos columnas que fueron descubiertas en la *Vía Appia*: una de ellas era la que marcaba la primera milla de dicha vía.

Ya subimos á la plaza. Colocados en esa gran plataforma cuadrangular, cercada por tres hermosos edificios que se asegura fueron proyectadas sus fachadas por Miguel Angel, tenemos que detenernos asombrados delante de la sin igual estatua ecuestre de Marco Aurelio, apellidado el filósofo. De bronce dorado, colosal en sus dimensiones; descansando sobre un magnífico pedestal de mármol de un solo *bloc*, la estatua de Marco Aurelio es un monumento sorprendente que no se concibe pueda tener rival en el mundo. La actitud del jinete es noble y digna; la del caballo es la de un brioso y animado corcel que parece sentirse orgulloso de llevar sobre sí la carga que sustenta; el soberbio animal levanta la cabeza majestuosa y alza gallardo el derecho de los pies delanteros, marcando bien con este movimiento su arrogante andadura.

Después de admirar á nuestro sabor la magnífica estatua, dirigiremos la vista á lo que nos rodea. En el fondo de la plaza, un edificio no de grandes medidas; pero sí de elegante aspecto exterior, coronando su altura una elevada torre. Es el *Palacio senatorial* erigido en forma de fortaleza por Bonifacio IX sobre una parte de las ruinas del *Tabulárium*, para que sirviese de residencia á los senadores. Embellecida después la fachada por Paulo III, confió la dirección á Miguel Angel, quien construyó la escalera de dos tramos en forma

piramidal truncada, teniendo delante una bellísima fuente. En este palacio, que consta de un gran salón que ocupa casi toda la extensión del frente, se ha instalado en nuestros días el Ayuntamiento de la ciudad de Roma. Una lápida conmemorativa que ostenta la fachada á la derecha, recuerda el origen é historia de dicha instalación. Para alojarse los *ediles* romanos en aquel edificio, fué necesario hacer salir del salón á los Soberanos Pontífices Paulo III y Gregorio XIII, que estaban representados en magníficas estatuas colosales como presidiendo á la honorable corporación que allí celebraba sus reuniones. Ignoramos las particularidades de esta expulsión, y sólo sabemos que los fundadores del Capitolio moderno, encontraron digno refugio en la iglesia inmediata de Araceli, en donde tuvimos el gusto de verles instalados como en su propia casa. ¡Cosas de los revolucionarios! No podían los munícipes de la ciudad, emanados de la autoridad que despojó de Roma á los Papas, soportar la presencia de dos pontífices cuya permanencia en el salón municipal era una continuada y enérgica protesta contra la usurpación de que ha sido víctima el Papado.

La misma suerte cupo al desgraciado Carlos de Anjou, cuya estatua fué trasladada al vestíbulo del Palacio de los Conservadores.

Dos edificios de menor altura que el del fondo se hallan á uno y otro lado cerrando la elegante plaza. De muy bella arquitectura, y exactamente iguales en sus dimensiones y en la apariencia exterior; coronados por buenas estatuas de mármol, copiadas de las mejores y más célebres de la antigüedad; el de la derecha, es llamado el Palacio de los Conservadores, porque estuvo destinado á la reunión de estos altos funcionarios, y el de la izquierda, es el Museo del Capitolio. En el piso inferior del primero se hallan instaladas las oficinas del estado civil. Allí nada tenemos que ver, y nos dirigimos á la puerta principal por donde se entra á recorrer los salones en donde admiraremos una gran colección de bellezas. Prepárese el lector. Es mucho y muy bueno lo que hemos de ver reunido en aquellas estancias interiores,

desnudas de toda decoración y hasta sucias en sus paredes y pisos.

Penetrando en el vestíbulo encontraremos delante de la estatua de Julio César, el único retrato auténtico que nos ha dejado la antigüedad de aquel hombre extraordinario. A la izquierda veremos una estatua de Augusto. Extendiendo la vista por el patio quedaremos sorprendidos contemplando en desordenados grupos admirables restos de la antigüedad pagana: ya es una cabeza de bronce de un tamaño desmedido, ya otros miembros que pertenecieron á una estatua de gigantesco tamaño, ya los restos de cornisas y bajo-relieves de exquisita cinceladura; por aquí fragmentos de cuerpos humanos en mármol y en bronce; por allí pedazos de columnas de pórfido, de granito y de mármol. En el fondo del patio, debajo de un pórtico cerrado con una reja se ve una estatua de Roma en figura de una bella matrona, colocada sobre un pedestal moderno; á sus lados se hallan dos reyes bárbaros en mármol gris. A la derecha está un interesante grupo de un león destrozando á un caballo.

Volviendo al vestíbulo, á la derecha tomamos la escalera.

No describiremos detalladamente el interior de este palacio, que de tal no tiene más que la fachada; no nos detendremos tampoco en mencionar siquiera la multitud de piedras antiguas que se encuentran á cada paso en la escalera, en los pasillos y aun en los mismos salones. El objeto principal de nuestra visita es admirar los bellos cuadros que encierran las galerías, mucho más abundantes en el número de las pinturas que las del Vaticano, aunque muy inferiores en la calidad de las composiciones. No por esto se crea que no hay mucho que captive la atención del visitante en esta magnífica galería. Las principales escuelas de la pintura están allí representadas; la de Bolonia en las obras de Francia, de Guercino, del Domeniquino, de Carracci y de Guido; la francesa en las de Nicolás Poussin, Claudio Lorrain, Bourguignon y Minard; la flamenca está representada por Rubens y Van Dyck; la veneciana por Ticiano y el Veronés; la escuela romana, por

Perugino, Garofalo, el Pinturriccio, Caravaggio y Pedro de Cortona, y la florentina, por Botticelli.

Desde luego y entrando en la primera sala, llamará muy particularmente nuestra atención una pintura de este último autor, Botticelli, una Virgen con el niño Jesús entre San Martín y San Nicolás. La Virgen sentada bajo un rico baldaquino en una silla de muy delicada ornamentación, tiene en sus brazos al Niño Jesús, el cual está tomando una de tres naranjas que uno de los santos le presenta sobre un libro cerrado. El Niño sonríe y la Madre aparece con el rostro velado por la tristeza. Los dos santos con vestiduras pontificales llevan mitra en la cabeza, báculo en una mano y en la otra tienen cada cual un libro. La composición toda está arreglada con esa tímida simetría que se observaba en aquellos tiempos en los cuadros de devoción: tiene el mismo carácter de las miniaturas del siglo XV y podría tomarse por una amplificación de alguna de aquellas pinturas que adornaban los misales y los llamados libros de horas. El estilo del cuadro es austero, los contornos preciosos y el manejo del pincel esmerado, aunque se resiente de mezquindad, conservando en los vestidos algo de la rigidez gótica.

Contrastando con esta escuela, veremos en la veneciana un preciosísimo cuadro, "La lección de flauta," de una ejecución varonil y delicada á la vez, de un pincel nutrido y vigorosamente empastado, cual corresponde al estilo del pintor que se llamó Ticiano. Dos hombres se ven representados: uno viejo que lleva el traje de los mercaderes de Venecia, el otro joven, está acereándose á los labios una flauta curva; las dos figuras tienen vida, y con decir que salieron de manos del Ticiano, dicho está que se desprenden fuertemente del lienzo, que mueven los labios, que respiran por las narices y ven con los ojos.

Después de admirar una obra del Ticiano, los amantes de lo que se llama con propiedad la pintura, todavía pueden hallar placer viendo un cuadro de Guercino. Efectivamente, este maestro fué un verdadero pintor. "La Sibila pérsica" con que se enorgullece la galería del Capitolio, es una de

sus mejores obras y está calificada como de primer orden. Sin inquietarse el artista por la conveniencia histórica, se dió el gusto de pintar una hermosa mujer y de vestirla con riqueza y elegancia, estudiando el modo de hacer resaltar la belleza de sus facciones. Generalmente las sibilas han sido representadas como viejas, sin duda porque á la juventud no hace gracia el profetizar y porque el don de agradar no se compadece con el de prever lo futuro: pero el Guercino prefirió pintar á razonar, y su Sibila es tan encantadora que nadie habrá habido tan exigente que haya reprochado al artista representarla bajo el aspecto de una bella cortesana.

Otros muchos cuadros que llamaríamos *de marca*, son dignos de mencionarse entre los que se hallan en la sala en que estamos. Un retrato vivo é imponente de Velázquez, una Caridad de Aníbal Carracci, la Sibila de Cumes, del Domeniquino, figura de noble y fiero carácter; un San Juan Bautista del Guercino, un retrato de Guido pintado por él mismo, un Orfeo, de Nicolás Poussin, notable por la belleza del paisaje y una Santa Lucía del más elevado estilo de Garofalo.

No debemos pasar desapercibidos uno de los más bellos cuadros de Mola, la Partida de Agar, un Cristo entre los doctores, de Dorsi, una Magdalena penitente, de Tintoreto, en que brilla el colorido de la escuela veneciana; un grupo de Remo y Rómulo amamantados por la loba, de Rubens, y una Madona del pintor Francia.

Pasando á la siguiente sala, arrebatada nuestras miradas la mejor pintura de Pablo el Veronés, El rapto de Europa. No puede menos de mirarse con gran complacencia ese lujo de ropas y esa frescura de encarnación con que supo el artista representar á la hija de Agenor sentada confiadamente sobre su toro más manso que un cordero. En el momento de recibir el animal su ligera carga, inclina la cabeza para lamer uno de los pies de la joven, sobre la cual alados cupidos esparcen de las alturas una lluvia de flores. El dibujo, la expresión y el colorido brillan en este magnífico cuadro que no se cansaría uno de estar contemplando largas horas.

Mas la obra que en la sala en que nos hallamos atrae principalmente la atención, la que deja absorto al visitante, es el gran cuadro del Guercino, Santa Petronila. Debe saberse, para mejor entender el asunto de la pintura, que la santa, joven de extraordinaria belleza, había sido prometida en matrimonio á un patricio romano llamado Flavio. Hallándose este ausente, la joven se puso en oración durante tres días y consagrando á Dios su pureza, obtuvo del Señor morir virgen al tercer día. Cuando Flavio regresó y tuvo noticia de la muerte de su prometida, no pudo creer en su desgracia y mandó exhumar el cadáver de Petronila para cerciorarse de que había muerto y contemplar sus facciones por última vez. Tal es el asunto del cuadro. Sin preocuparse el artista por las leyes de la unidad y sin atender á otras conveniencias, trató de producir un poderoso efecto, comenzando por dar á su cuadro una luz inverosímil para hacer resaltar los contrastes de un claro oscuro verdaderamente ideal. Después, representó en el mismo lienzo dos escenas que no habían sido simultáneas, es á saber, la recepción del alma de la santa en la gloria y la exhumación del cadáver en presencia de Flavio. En esta escena, que figura como la principal, el artista ha presentado un bello cuerpo de mujer, sostenido por rudos sepultureros de piel bronceada, y cerca de estos un elegante joven en traje del siglo XVI; es el prometido de la muerta que viene á satisfacer el imprudente deseo de mirar por último el cuerpo inanimado de la mujer á quien había propuéstose consagrar su vida. Visto de lejos el cuadro presenta el efecto de una masa de color sembrada confusamente de toques blancos; pero cuando se acerca uno á mirarle, observa que las figuras se destacan, los objetos se modelan y acentúan, los detalles se caracterizan y una ejecución calurosa y mágica embarga la vista, sin tener tiempo el espectador para preguntarse si aquellas sombras tan densas y la claridad que con ellas contrasta pueden producirse en una escena que pasa al aire libre.

La Santa Petronila, es sin disputa, el cuadro más perfec-

to que salió del pincel admirable del Guercino. Está reproducido en mosaico en San Pedro y fué de los que hicieron el viaje á París en el saqueo ejecutado por Bonaparte.

No puede dudarse que las escuelas de Bolonia y de Venecia son las que triunfan en la galería de cuadros del Capitolio. Después de la incomparable pintura que acabamos de describir, ostenta la galería muchas de las mejores obras de Guido Reni, entre otras un Amorecito pintado con esa morbidez que sabía dar á las figuras de niños. Una Mujer adúltera del Ticiano y un Bautismo de Cristo, en el cual se retrató el artista de perfil, completan el triunfo de la escuela veneciana.

Mas no por eso deberemos ver con indiferencia la Presentación de Jesús en el templo, cuadro atribuido á Fray Bartolomé; la Inocencia, de Romanelli; la Betsabé, de Palma el viejo; las Gracias, de Palma el joven. Menos pasaremos por alto la Judith, de Julio Romano; una Sagrada Familia, de Andrés Sachi; una Huida á Egipto, de Scarzellino; los dos Filósofos, del Calabrés y la Magdalena á los pies del Salvador, brillante composición de Bassan.

Quisiéramos terminar aquí nuestra revista; pero no podemos dejar de consagrar unos instantes á la Santa Cecilia de Carracci. La santa está delante de un pequeño órgano cantando; cuatro personajes que la escuchan hacen visible en sus rostros el efecto que aquel canto les produce: la Virgen y el Niño Dios, sin mirar á la santa, parecen extasiados oyéndola; un monje carmelita que está en pie cerca de ella se ve como arrebatado del mismo sentimiento, y un ángel que se halla en el fondo manifiesta en su semblante escuchar los cánticos celestes.

Y ya no mencionaremos otras pinturas, porque el catálogo de las que hay solamente ocuparía algunas páginas. Saliremos del edificio y atravesando de nuevo la plaza entraremos en el palacio que se halla en frente, para ir á visitar el Museo. Vamos á recorrer en las piedras la historia de esos pueblos paganos, cuya civilización en lo que no se refería á las costumbres, estaba muy más adelantada que la nuestra.